



Periodismo cultural
Atoctli

*“Entre lo que se dice
y lo que es”*

Luis Mauricio Martínez

*Licenciado en Cultura y Arte
Universidad de Guanajuato*

Durante un diplomado que abordaba la temática de culturas populares, el antropólogo Antonio Macgregor, facilitador del mismo, compartió: “En la etnia kumiai de Baja California hay hombres que una temporada la pasan en su comunidad apegados a las tradiciones del pueblo, asumiendo responsabilidades, luego; se van durante meses a Las Vegas en Estados Unidos y apuestan en los casinos, visten de traje; llegan en automóvil último modelo y se dedican a hacer dinero para después nuevamente regresar a su pueblo y ayudar a su comunidad donde de nueva cuenta se transforman... Eso es válido. Por qué los libros y los estudios los quieren confinar a una herencia sin posibilidad de renovación. Mantienen sus tradiciones y eso es lo importante”. Las reacciones no se hicieron esperar. Entre quienes tomamos el curso se encontraba una funcionaria pública de la institución sede del diplomado quien además labora justamente en un área de culturas populares, su comentario para con nosotros fue: “yo entiendo a Macgregor, hay que innovar, pero nuestra tarea como institución pública de cultura es preservar las tradiciones de nuestros pueblos, que no se pierda el sentido original de esas manifestaciones”. Entonces surgió la duda en mí ¿y la gente quiere que las instituciones hagan eso?, ¿ya les preguntaron? Tiempo después, tuve una conversación

con Eliazar Velázquez, escritor y periodista, oriundo de Xichú, Gto., quien con su trabajo ha hecho en el estado de Guanajuato una importante labor de recuperación de historias de vida de quienes forjan las identidades. Las tradiciones de distintos pueblos guanajuatenses y comenté la postura de Macgregor y me respondió: “al final es decisión de quienes portan estos saberes. Para mí sí hay que conservar una tradición con todo lo que implique apegarse a los usos originales, porque una tradición más que un sistema que se memoriza, es algo natural, es la vida misma, es algo con lo que se nace, las instituciones creen muchas cosas, pero al final todos decidimos lo que mejor conviene”. Después de eso compartió una imagen que tomó en su visita al pueblo de Cherán durante los festejos del año nuevo purépecha. En la fotografía se observa una niña con la vestimenta propia de su cultura ejecutando una danza: “esta niña, con ese baile interpretado de manera inocente, es más valiosa que todos los estudios, que todos los esfuerzos institucionales por preservar tradiciones, porque no está aprendiendo ni preservando nada, está haciendo algo que es natural en ella, en su familia, es la vida misma y nada más”.

Ambas opiniones se pueden complementar. Una se ha formado en el ámbito académico, en la experiencia institucional; la otra es aprendizaje forjado en medio del campo, entre la sierra, en el día a día y es hoy referente institucional de primer orden entre los estudiosos de las tradiciones, su complejidad y naturaleza en la región. Y desde hace meses esas conversaciones han

cuestionado la postura de quien escribe este texto respecto a la tradición de un pueblo, de una comunidad: ¿A quién corresponde su rescate, a quién su recuperación, a quién su difusión?

Desde el año pasado tengo la fortuna de encabezar un proyecto de jóvenes, hombres y mujeres, que si uno los ve en las calles se puede generar una imagen errónea: “¿por qué venden en las calles?, ¿Por qué no buscan un trabajo mejor?, de seguro sus papás los mandan y no estudian”. La realidad es que estos jóvenes portan en su herencia una raíz indígena, sus familias pertenecen a varias de las etnias originarias de México. Sus lugares de origen y culturas son: hñahñu de Santiago Mexquititlan, Amealco, Querétaro; hñahñu de San Francisco Shaxni, Acambay, Edomex; nahua de Loma Linda, Atlahuilco, Veracruz (zona zongolica); purépecha de Ichán, Chilchota, Michoacán; purépecha de Tarecuato, Tangamandapio, Michoacán y mixteca de San Sebastián Tecomaxtlahuaca, Oaxaca. Por diversas situaciones, sus familias migraron a la ciudad de León, Guanajuato. Son jóvenes que se reconocen indígenas y se enfrentan a una constante en su cotidianidad: personas que hablan de manera despectiva o errónea de ellos, de sus culturas y de su forma de vivir en la ciudad.

Jaime es un joven nahua que tuvo que aprender a hablar español cuando llegó a León en su niñez. La venta de flores en paraderos, rancherías y avenidas es la actividad con la cual sustenta sus estudios de preparatoria. Todas las mañanas se reúne con su familia y sentados en círculo entre risas

y el fogón improvisado que calienta el almuerzo, arman los ramos que venderán más tarde. Llevan más de diez años haciendo lo mismo: “es lo que me gusta hacer, es lo que hace mi familia en la ciudad, me gusta porque soy dueño de mi tiempo, conozco los ranchos cercanos... Es lo que hago, no me da vergüenza, pero la gente como que me ve con lástima”, confesó con la voz entrecortada en uno de los tantos talleres que tienen. “Aquí no hablo mi lengua, para qué si todos hablan español, no me sirve, pero con mi familia sí la hablo, mis amigos de la escuela saben que la hablo y me preguntan muchas cosas, eso me ayuda a no olvidarla”. Cuando fue el bautizo de un sobrino de Jaime hicieron barbacoa con un previo ritual para poder sacrificar al animal e improvisaron un horno en el suelo del patio de su casa “para que sea como en el pueblo, como debe ser”. La familia de Jaime es un ejemplo de adaptación y uso de espacios determinados para reproducir lo que en su pueblo es una forma de vivir, una tradición. Pero cuando Jaime sale a la calle con su cubeta llena de flores en la mirada de las personas se asoma la compasión, siendo que él y su familia decidieron ese camino para poder vivir como se vive en el pueblo, en su natal Loma Linda, allá en la zongolica de Veracruz. Visiones de la vida que no dependen de una vestimenta o una región para llevarse a cabo, que se llevan a donde se va, y allí se reproducen.

Es común entre muchas personas que se interesan por las “raíces mexicanas” visitar pueblos mágicos, comunidades indígenas y admirarse con todo lo que implican sus culturas: vestimentas, gastronomía, idio-

mas, etc., pero cuando los habitantes de estos lugares se van a otras ciudades y optan por actividades distintas, como la familia de Jaime, se les ve de manera despectiva: “pobrecitos”. Ante los ojos de quienes los admiran en sus pueblos de origen, pierden valor por no portar, por ejemplo, la vestimenta tradicional, que si bien estos elementos son la materialización de un simbolismo ancestral, no son los determinantes para portar una tradición. Se trata de adaptar su identidad de acuerdo al espacio en que se mueven. Estamos invadidos de mercadotecnia: semanas culturales, turismo vendido con imágenes románticas de mujeres al pie del fogón torteando, hombres cortando leña mientras —la abuela, la sabia de la familia—, teje en su telar de cintura, todo bajo el lema “ven y conoce nuestras tradiciones”. Sin duda hay regiones donde eso afortunadamente es una realidad, pero a la par tenemos otras realidades en las cuales la vestimenta, la gastronomía y otros elementos se usan en determinadas ocasiones y eso no implica necesariamente perder una tradición: negar.

Josefina es una chica hñahñu que estudia Educación Preescolar y tuvo a bien invitarme a su natal Santiago Mexquititlan en Amealco, Querétaro, para la fiesta patronal grande el 25 de julio. Ese día el pueblo entero usó su vestimenta tradicional, realizaron rituales, danzas, ceremonias en torno al Santo patrono, había magia en el aire. Un día después había rutina, locales de servicios y productos abiertos y la plaza del pueblo llena de comerciantes, “sólo se usa la vestimenta tradicional para los días espe-

ciales, algunos lo hacen todos los días, pero no es ropa cómoda, por eso sólo se usa en ocasiones”, me explicó Josefina, contrario a San Ildefonso Tultepec, pueblo vecino que me llevó a conocer en el cuál la rutina se viste de manera tradicional, sea fiesta patronal o no. Cada pueblo, cada cultura persigue objetivos distintos y, encausados en ellos, toman decisiones.

Estos jóvenes en cada sesión que tenemos me enseñan a leer el mundo con una mirada distinta, a ver la tradición en la piel, no en un rebozo, unos huaraches o en espectáculos de secretarías de turismo.

Alfredo es un joven hñahñu de San Francisco Shaxni, Acambay, Edomex. Su ropa oscura, su hermetismo a la usanza de las culturas urbanas inclinadas por elementos *dark* se desvaneció cuando nos compartió: “No voy mucho a mi pueblo, pero cuando voy no me quiero regresar, allá todo es verde, allá el tiempo se detiene, la vida es otra y me gusta mucho”. Con orgullo recuerda que su padre fue danzante tradicional, que él y sus hermanos intentaron seguir la tradición en la ciudad pero ésta se los impidió con su ritmo acelerado. No descarta la posibilidad de rescatar esa herencia familiar y mientras esos tiempos llegan, estudia la preparatoria, ayuda a su mamá todos los días a embolsar papas fritas para la venta y aprende a tocar la guitarra eléctrica.

Son el más claro ejemplo de la postura de José Antonio Macgregor:

raíces hondamente arraigadas en una cultura cuya principal riqueza radica en su diversidad. Debemos evitar entendernos como una cultura inmóvil, estática y dormida en sus laureles de tradición virtuosa, sin capacidad de cambio, de asombro y de imaginación.¹

Y así, cada historia de este grupo de jóvenes, del *Grupo TlioliJA intercultural*, de poco a más se comparte con distintos públicos de León y el estado de Guanajuato, a través de distintas actividades culturales para mostrar que son portadores de saberes que abonan con acciones concretas y en secreto al refuerzo del patrimonio cultural de México. No hablan de las tradiciones de su pueblo, hablan de cómo se vive en el pueblo. Porque todos tenemos una forma de ver la vida, de vivirla, así como la tienen estos jóvenes a quienes muchos llaman indígenas urbanos, pero no lo son, no son indígenas, son nahuas, mazahuas, mixtecos, otomíes, purépechas, tének... mexicanos.²

Entender que la modernidad sin tradición es tan vacía como la tradición sin innovación, resulta fundamental para evitar concebimos sin

1 Macgregor, José Antonio. “Identidades globalizadas y patrimonio intangible”, en *México su apuesta por la cultura*. México, Grijalbo, 2003.

2 periodismoatoctli.blogspot.com
atoctli.contacto@gmail.com



Grupo Tlioli ja' Intercultural, (grupo al cual pertenecen los chicos y en el cual se centra el texto.)



Alfredo Martínez tejiendo
(se habla de él en el texto)